

## **Crónica de dos tiempos: la Liga de San Bartolo sigue en juego**

La claridad del día se posa la cancha mientras los jugadores se alistan. Desde las graderías, las voces de siempre se acomodan, recordando cada jugada, cada pase del tiempo, cada gol en la historia de la Liga Barrial de San Bartolo que es más que un espacio deportivo; es el corazón de una comunidad que, desde antes del 66, ha encontrado en el fútbol una forma de unión, identidad y resistencia.

Pero hay que retroceder un poco más. Desde 1958, los terrenos de San Bartolo comenzaron a ser un lugar de encuentro. Los muchachos, muchos de ellos descalzos, llegaban para jugar en una cancha de tierra que ya daba inicio a lo que estaba por venir. En 1962, se celebra una inauguración donde figuras como Nelson Villagrán, Luis Muela, Sergio Rivera, Luis Cajilema, Ramón Cañaveral y Hernán Naranjo dan empuje a este sueño, recordando sus días de infancia en estos terrenos. Aquí, además de fútbol, se jugaban cocos y ecuaboley, creando un ambiente de camaradería y diversión.

La Liga se convierte así en una escuela sin paredes, una memoria viva, un relato en zapatillas. “La Liga es parte de la vida”, dicen sus jugadores. “Es ayuda incondicional, es historia donde existen retos y responsabilidades. Es un espacio de cohesión comunitaria, forjado por anhelos, para legar a nuestros hijos e hijas”. En esta cancha, la pelota no solo gira: “la pelota es mágica”.

El árbitro se lleva el pito a la boca y el partido inicia.

El primero en pisar la cancha es el año 1966, con la pelota en sus pies y el destino en sus hombros. Entre los buses celestes, rojos y blancos que zumbaban por el Quito de esa época, da el puntapié inicial. Este año marca el comienzo formal del juego entre dos grandes equipos: La era de los constructores y Los imparables 2000.

Desde la grada, Luis Caza levanta la mano:

— ¡Ahí va el primer toque, muchachos! ¡Sin este año, nada de esto sería posible! El año 1972 recibe el balón con elegancia. A su lado, el equipo Palmeiras, con Fabián Pazmiño, dribla con garra y corazón.

— ¡Esos Palmeiras sí que sabían jugar! —grita Nelson Villagrán, acomodándose la gorra en la sombra.

Entra en escena 1974, y de cabeza organiza a la comunidad: ¡gol de la organización! Ese año, la Liga se une a la Federación de Ligas Barriales de Quito.

1975 no pierde tiempo: el Municipio entrega el terreno en comodato por 25 años. Es un pase largo, al futuro.

La familia Caiza aplaude desde la tribuna:

— ¡Ese pase lo veníamos esperando desde hace tiempo!

1980 ilumina la cancha: se instalan luminarias públicas y empiezan los partidos nocturnos. Toma el balón el año 82, donde los Pioneros hacen historia al ganar el primer Festival de Música Folklórica. La cancha vibra no solo con goles, sino con guitarras y zampoñas.

1983 levanta paredes: la sede empieza a construirse ladrillo a ladrillo.

— ¡Así se juega, carambas! ¡Con esfuerzo de todos y todas! —se escucha entre aplausos y memoria viva.

A finales de los 80, entra en cancha la diversidad: las mujeres juegan vóley y compiten a nivel federativo. 1998 logra el vicecampeonato sub-18 de Quito. 1999 construye baños, dejando la cancha lista para el futuro. Y entonces, ingresan Los Imparables 2000. Se amplían las gradas. El estadio crece.

Alfonso Armas comenta:

— ¡Miren ese estadio, ¡cómo ha crecido!

El reloj corre. En 2021, los bingos virtuales y las cascaritas online sorprenden a todas y todos. En 2022, la cancha se limpia. En 2023, las mujeres vuelven con fuerza y suman la bailoterapia al juego. El deporte ya no es solo fútbol: es salud, arte, familia y celebración.

Segundo tiempo: Los sueños en juego

El árbitro pita y el segundo tiempo comienza. Los nuevos jugadores calientan en la banda, listos para entrar al campo. No tienen una camiseta oficial aún, pero vienen con algo más poderoso: sueños colectivos, ganas de jugar limpio, de construir comunidad y de dejar un legado. Sus rostros reflejan esperanza; sus voces, determinación.

Desde la banca, se escuchan murmullos que se convierten en gritos:

— ¡Queremos más participación de las mujeres! ¡Más memoria viva del barrio!

El balón rueda y el partido toma un giro emocionante. El año 2025 entra al campo con un pase firme hacia el futuro. Su estrategia es clara: fortalecer a las nuevas juventudes.

El capitán del equipo, un grupo de líderes comunitarios, levantan la mirada y lanzan un pase largo hacia el área rival:

— ¡Talleres de formación para todas y todos! ¡Aquí se escribe la nueva historia!

El balón lo recibe el equipo de los Soñadores, compuesto por niños y niñas que corren con energía desbordante. Ellos son los futuros goleadores de la comunidad, quienes deben aprender no solo a jugar, sino también a construir vínculos que trasciendan el deporte.

Desde las gradas, Raúl Armas observa con nostalgia y orgullo:

— Mi suegro, Luis Caza, luchó por este espacio. Y ahora estos chicos son quienes lo mantendrán vivo.

Minuto 60: La pelota llega a los pies de la Jugadora del Cambio, una joven madre que lidera actividades como bailoterapia y talleres de integración. Con un lance elegante, avanza hacia la portería del futuro mientras grita:

— ¡La cancha es de todos! ¡Las mujeres también jugamos!

El público estalla en aplausos. La inclusión es uno de los goles más celebrados en este partido.

Minuto 75: El equipo rival, llamado "Los Retos", pone resistencia. Infraestructura limitada, falta de recursos y la necesidad de continuidad son obstáculos que intentan bloquear el avance del equipo local. Pero entonces aparece el Diestro del Barrio, un jugador experimentado que lleva décadas en el campo. Con calma y sabiduría, da un pase perfecto a las nuevas generaciones:

— La pasión no se detiene. Este espacio es nuestro legado.

Minuto 85: El balón llega al área chica. Es el momento decisivo.

Los cronistas del barrio

—Raúl Armas, Roberto Hernández, Hernán Naranjo, Washington Gasarro, Ramón Cañaveral, Segundo Felicita y Franklin Toapanta— alientan desde las gradas:

— ¡No bajen la guardia! ¡Sigan jugando con corazón!

Franklin apunta con mirada firme hacia los jóvenes en el campo:

— Esta Liga es nuestra historia. Es nuestro legado.

Minuto 90: El árbitro mira su reloj... pero no pita el final. Porque este partido no termina aquí. Mientras haya polvo en la cancha, sol en el cielo y alguien dispuesto a patear la pelota, la magia seguirá viva.

El balón sigue girando entre generaciones. Los niños y niñas corren detrás de él con risas contagiosas; las mujeres celebran sus logros con abrazos; los veteranos cuentan historias desde las gradas polvorientas. Y así, entre goles y sueños compartidos, se juega el segundo tiempo de la Liga Barrial de San Bartolo: un partido que nunca termina porque está escrito con esfuerzo colectivo y pasión infinita.

El estadio vibra. La comunidad canta al unísono:

— ¡San Bartolo no se rinde! ¡La pelota es mágica!

